

El anarquismo

“Yo soy un amante fanático de la libertad, a la que considero como el único medio en el seno de la cual puede desarrollarse y agrandarse la inteligencia, la dignidad y la felicidad de los hombres. No de esa libertad formal, otorgada, medida y reglamentada por el Estado, mentira eterna y que en realidad no representa nunca nada más que al privilegio de algunos fundado sobre la esclavitud de todos...

No; yo defiendo la única libertad digna de este nombre, la libertad que consiste en el pleno desarrollo de todas las potencias materiales, intelectuales y morales que se encuentren latentes en cada uno...

Yo entiendo esta libertad de cada uno como algo que, lejos de ser un límite a la libertad del otro, encuentra en esa libertad del otro su confirmación y su extensión al infinito... la libertad que, tras haber roto con todos los ídolos celestes y terrestres, fundará y organizará un mundo nuevo, el de la humanidad solidaria, sobre las ruinas de todas las iglesias y de todos los Estados.

Yo soy un partidario convencido de la igualdad económica y social, porque sé que fuera de esta igualdad, la libertad, la dignidad humana y el bienestar de los individuos, así como la prosperidad de las naciones no serán nunca más que mentiras. Pero..., pienso que la igualdad debe establecerse en el mundo por la organización espontánea del trabajo y de la propiedad colectiva de las asociaciones productivas libremente organizadas y federadas en las comunas, pero no por la acción suprema y tutelar del Estado.

Este es el punto que divide principalmente a los socialistas o colectivistas revolucionarios de los comunistas autoritarios partidarios de la iniciativa absoluta del Estado... Los comunistas creen deber organizar las fuerzas obreras para alcanzar el poder político de los Estados. Los socialistas revolucionarios se organizan para la liquidación de los Estados. Los comunistas son partidarios de la autoridad, los socialistas revolucionarios no tienen más confianza que en la libertad. Unos y otros son partidarios de la ciencia, que debe matar la superstición y reemplazar la fe. Los primeros desean imponer esa ciencia, los segundos se esforzarán por propagarla conforme a sus reales intereses, nunca según un plan trazado de antemano.”

M. Bakunin: La Comuna de París y la noción de Estado (1871)